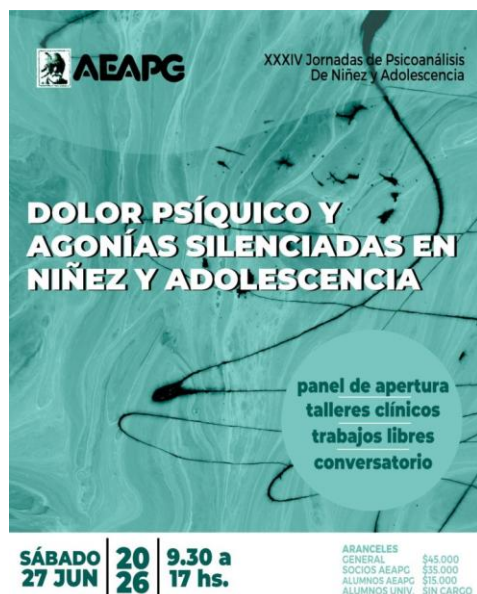




“Las cajas de una memoria silenciada. Rita y Francisco”

Por Lic. Mariana Salamone¹

Rita. Parte I.

Hace pocas semanas Rita trajo al consultorio “las cajas” de fotos. Las miramos largamente, en principio en silencio, recorriéndolas de a poco, construyendo en el espacio analítico un lugar donde pudiesen ir surgiendo las primeras palabras posibles: solo un hilo de su voz, entre lágrimas, que intentaba ir poniéndole nombres a las cosas. A “esas” cosas.

Rita había llegado a mi consultorio un año atrás por derivación de Susana Mindez, quien la atendía junto a su ex pareja, Diego, por una consulta de orientación familiar. El motivo de consulta era su hijo Francisco, de 6 años, al ingresar en primer grado presentaba terrores nocturnos, se despertaba llorando y gritando, sentía miedos e inquietud. No quería dormir solo y le costaba conciliar el sueño. Susana había observado una gran sobreprotección por parte de los padres, en especial de Diego. A Rita la veía desorientada y angustiada. Cuando comenzaron las entrevistas, el estilo de Susana -me contó mi paciente tiempo después - inspiró en Rita el deseo de dejar un análisis que ya llevaba diez años y donde sentía “que ya no podía llevar más drama”, por lo que le consultó si podía analizarse con ella. Susana consideró que era importante

¹ Lic. Mariana P. Salamone. Psicóloga. Psicoanalista. Escritora. Posgrado Especialidad Clínica Psicoanalítica AEAPG, Integrante del equipo Adultos Centro Rascovsky, integrante Comité Editorial Revista Digital Psicoanálisis Ayer y Hoy.

sostener el espacio de Francisco y buscar otro espacio donde ella pudiera ser escuchada. Se comprometió en buscar una analista de su confianza para hacer la derivación y semanas después llegó a mi consultorio.

Cuando nos conocimos, Rita me contó -con la timidez de una confesión- que hacía mucho tiempo fantaseaba con dejar el análisis anterior, donde había trabajado los últimos diez y últimamente sentía que agobiaba a su analista con preocupaciones y angustias. Por esto, ya no le contaba “cosas importantes” por temor a ser rechazada. También decía que su analista la criticaba. Tenía miedo a “volver a quedarse sola” si la dejaba, aunque pensaba que su psicóloga “ya se había cansado de mi tragedia” y entonces evitaba hablarle de “cosas profundas”. (*“Cosas importantes, cosas profundas, mi tragedia”. Parecía que me mostraba títulos de textos que necesitaba abrir, para que yo los sostuviera “entre” nosotras hasta que pudiese hacerlo ella.*) Si bien su vida había sido muy compleja, desde el nacimiento de su hijo Francisco todo había empeorado: se sentía un desastre, insuficiente para la demanda de la situación y que jamás podría ser una buena madre. Temía que Diego, con una nueva novia, terminara de cansarse de sus problemas, y esa idea confirmaba la otra, tal vez su nudo más doloroso, acerca de que “a mí todos me abandonan”.

Llegó con muchísimo miedo y percibí una profunda demanda de incondicionalidad, de “estar ahí y no morirme”. Lloraba constantemente durante las primeras entrevistas, con un desborde de angustia que muy a menudo no podía tolerar. Se criticaba cruelmente, creía que traía un mal hereditario, un destino trágico, “una historia maldita”. Necesitábamos trabajar mucho y darle tiempo a nuestro espacio, por eso le propuse una frecuencia de dos veces por semana como condición necesaria. Lo aceptó.

Si bien la pareja con Diego no había sido para ella satisfactoria, luego de la llegada de Francisco todo había empeorado. Dejó de tener deseo de sostener una intimidad sexual con su marido y se suspendió con él todo contacto físico. Al cabo de tres años se habían separado. Luego del divorcio, Francisco vivía mitad de tiempo con cada uno, con gran apoyo de sus abuelos paternos que también eran la única familia extensa con la que Rita contaba. Estaba sin trabajo, lo cual le resultaba agobiante, y sentía que no tenía recursos para recomponer su situación laboral. Diego la ayudaba pero frente a la fantasía de que se estuviese cansando, ella sentía terror de quedar completamente abandonada.

La maternidad se le hacía dificultosa, dolorosa y por momentos no sabía qué saber hacer con su hijo. Más conectada con el deber que con el deseo: cumplía con los cuidados y obligaciones atinentes a la vida cotidiana, pero le pesaba inmensamente esa función. Amaba a Francisco y sentía culpa de confesar que para ella ser madre le exigía demasiado. Se enojaba mucho con su

hijo, le pedía que comprendiese su cansancio o su desesperación. “Fran no me deja dormir, no entiende que si no duermo no puedo vivir”, o “Le dije que si se sigue despertando a los gritos me voy a ir de casa y lo voy a dejar solo”. O “Quiere más al padre que a mí, cuando está conmigo me pide ir a ver a sus abuelos, ellos tienen una familia para ofrecerle y yo no”.

En las supervisiones con Susana, con quien necesité pensar este caso por causas que se me fueron develando en el tiempo, fuimos trabajando en los núcleos melancólicos que Rita traía de acontecimientos traumáticos de su historia, que se amplificaron e intensificaron con la maternidad. La entrada en transferencia fue compleja, con muchos obstáculos. Rita intentaba, por una parte, encontrar en mí una presencia incondicional, una posición sólida frente a su vulnerabilidad, temiendo mostrar una desesperación a punto de desbordar. Por otra parte, se defendía constantemente ante la amenaza de ser abandonada nuevamente y comprobar que no existía tal presencia, ni ninguna posibilidad intermedia, sino el vacío completo. La amenazaba una fantasía de completa desolación. En muchas ocasiones las sesiones con Rita me angustiaban y su desamparo me conectaba con una honda impotencia. Las supervisiones con Susana me sostenían a mí en mi posición de sostén de aquel análisis, más que nunca a veces imposible.

Rita: Parte II

Algunos aspectos de su historia infantil me fueron permitiendo entender su presente. Niña sobresaliente en lo intelectual, muy creativa, había sido muy mirada y libidinizada por su padre. La valoraba por ser exitosa, tener las mejores notas, ser la más linda. Sus padres tenían un vínculo caótico, que había mantenido compensada una posible psicosis del padre. Ante la decisión de la madre de separarse, el padre presentó los primeros brotes graves.

La infancia había sido solitaria: no tenía amigas. En casa, ella y su hermano Fabio sufrían la violencia de las terribles escenas entre sus padres. Cuando finalmente su madre decidió separarse, se fue de la casa y ella sintió como un abandono. Librados a su suerte con la enfermedad psíquica del padre, durante un año toleraron mucha violencia, sus descompensaciones, internaciones y amenazas de suicidio. Le pedían ayuda a la madre, que se mostraba impotente. Después de tolerar un año muy difícil, finalmente una noche, mientras el padre dormía, pudieron “escapar” de esa casa por una ventana. Al quedarse solo, pocas semanas después cumplió con su promesa y se tiró bajo las vías un tren cuando Rita acababa de cumplir 17 años. Ella siempre sintió que nadie había hecho nada para evitarlo.

Nunca vio a su padre muerto. No pudo ir al velatorio ni al entierro y sintió que para salvarse abandonó a Fabio, que quedó viviendo con su madre.

La tragedia familiar, ya sucedida, se reeditaba unos años después: su hermano comenzó a mostrar síntomas parecidos a los del padre, y amenazaba con matarse. La madre de Rita, que no había podido proteger a sus hijos ante la enfermedad del padre, había desmentido también que Fabio sufría y necesitaba ayuda. Era a los ojos de su hija una mujer débil y cobarde. Rita había sido quien denunciaba sistemáticamente que alguien hiciera algo para evitar la muerte de su padre, y luego la del hermano, quien lamentablemente también terminó suicidándose. Cuando su hermano murió tampoco pudo despedirlo, y el vínculo con su madre que había sido tortuoso y de una intensa rivalidad toda la vida, se hizo más distante. Su madre pronto enfermó de cáncer. No pudo acercarse a ella el último año de su agonía, como si también portara una maldición familiar que la contagiara, ni fue a despedirla cuando murió.

Sus reproches melancólicos eran cruentos. Rita se criticaba constantemente no ser buena madre, no ser una mujer capaz de amar, no merecer una pareja, no poder disfrutar la vida. Sufría un dolor agobiante, que me hacía pensar en un sentimiento inconsciente de culpa por no haber podido salvar a su padre ni a su hermano, ni haberlos despedido. Incluso, comprendí después, una inmensa culpa por haber sobrevivido. Como nos señala Freud (1921) cuando habla del duelo melancólico, la pérdida real o afectiva de un objeto amado puede darse una cruel denigración del yo, producto de la disociación por introyección del objeto amado.

En este contexto conoció a Diego, se enamoró de él e intentaron formar una familia. Su madre acababa de morir, y ante semejante dolor ella no pudo siquiera vaciar la casa familiar. Los pocos recuerdos que quedaron -una tía se ocupó de esa tarea- fueron a parar a “una cajas” que Rita no había querido ver ni tocar. Sentía que podían transmitir aquella maldición, que portaban un linaje trágico, un mal que tal vez ella o su hijo podían heredar. Tenía pánico de que esas cajas estuviesen en la misma casa y bajo el mismo techo ellos, por lo que se habían guardado en un desván de la casa de sus suegros, los abuelos de Francisco.

Veía en Rita, más que una introyección de aquellos objetos amados y perdidos, una incorporación, como cita Pelento (2001) en “El niño y la muerte” a Abraham y Torok, en relación con el concepto de “enfermedades del duelo”. Ante muertes que no se pudieron metabolizar, la persona muerta queda “incorporada” o incluida como si estuviese viva, en una especie de “cripta”. Una relación congelada que intenta desmentir la muerte y en donde podría verse una disociación, algo que queda en ese estado y algo que “heredan los herederos”.

En las sesiones con Rita la muerte merodeaba, o al menos una intensa culpa que le dificultaba tolerar la vida. En supervisiones con Susana, ella fue presentándome ideas y enlaces que me ayudaron a sostener ese análisis donde -casi todo el tiempo -parecía que bordeábamos el

abismo. Pensando en los duelos no elaborados de Rita, hubo una intervención de Susana que para mí funcionó como faro, una idea que iluminó esa neblina en la que por momentos me encontraba como analista. Fue cuando me dijo: “Rita tiene que traer al consultorio “las cajas” de su pasado, y es necesario alojar su inmenso dolor intentando mostrar que no nos vamos a ir, ni nos vamos a derrumbar, ni nos vamos a morir”. Sabíamos que era ofrecerle una ilusión, de la que luego de a poco habríamos de desencantarla, y también sabíamos que eso implicaba atravesar una tempestad.

Rita. Parte III.

Francisco, en tanto, irrumpía en el relato de su madre, con sus despertares nocturnos, sus gritos, su miedo a morirse o a que se murieran sus padres. Parecía una denuncia.

Intentando hacer hablar a Rita de su hijo y de su vínculo con él, un día relató que nunca le habían hablado de su familia materna, no sabía que tenía un tío, ni cómo el abuelo y Fabio habían muerto. Rita no había nombrado jamás a su familia de origen, no había en la casa fotos ni recuerdos. Ese era un secreto familiar.

El impacto de esta noticia, nueva para mí y novedosa incluso para ella al escucharla en su propia enunciación, comenzó a hacerme pensar a esa familia ausente y esos muertos secretos como “fantasmas” que despertaban a Francisco cada noche para recordar que habían existido.

Había en esta historia un texto silenciado, una tragedia no contada. Unas cajas malditas escondidas a la memoria de Rita. ¿Y a la memoria de Francisco? Se pregunta Haydee Faimberg (1993): “¿Como puede concernirle a un paciente una historia que pertenece a otro?”. Dice: “son identificaciones mudas, inaudibles”, aquello a lo que llama “telescopaje de generaciones”, una manera de transmisión psíquica de lo no dicho, herencias y trasmisiones que ya en 1913 Freud había comenzado a trabajar en Totem y Tabú.

Volví a pedir supervisión a Susana. Este acontecimiento traumático escindido de la vida y la memoria familiar, sin dudas se nos aparecía como un indicio, la punta de un ovillo que tal vez nos permitía pensar los síntomas de Francisco asociados con el secreto que su madre escondía como si temiera “trasmitirle” una maldición. Comenzamos a pensar en transmitir la historia silenciada, con cuidado y apoyos. Como enseña Pelento (2001) “decir una verdad no es un acto puntual, es un proceso”, y hacia allí nos encaminábamos.

Poder elaborar estos duelos terribles, innombrables, que incluso por “sumación” habían arrasado con todos los diques y las defensas de Rita, y de los que se había defendido sistemáticamente, era un trabajo por venir. Alojar ese dolor, ponerle nombre, sostener la escucha, tolerar los miedos y las preguntas acerca de si mi paciente podría soportar el proceso,

era mi deseo como analista. Permitirle, con las palabras de Susana, “traer todas las cajas de su dolor inmenso” a mi consultorio, al análisis, y a su vida.

Convertir la tragedia en un drama subjetivo, tejer con ella una historia, y comenzar a pensar en ofrecérsela a su hijo. En una trama que incluyó entrevistas de orientación con Susana se armó un marco de apoyo para pensar en transmitir de una generación a otra una verdad oculta, un “pecado” no cometido, pero sentido. El texto de una novela que es abierto, como la vida misma.

Bibliografía

Freud, S. (1915) Duelo y Melancolía. Obras Completas, Tomo 14. Amorrortu Editores

Freud, S. (1912-13) Totem y Tabu. Obras Completas, Tomo 13. Amorrortu Editores

Faimberg, H (1993) Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones. Amorrortu Editores.

Pelento, Maria L. (2001) El niño y la muerte.

Abraham y Torok (2005-1987)) Cripta. La corteza y el núcleo. Amorrortu Editores